

# 16.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Isidoro Máiquez, Carlos Latorre, Julián Romea.—La escena española desde principios del siglo.—La declamación en la tragedia, en el drama histórico y en la comedia de costumbres.

### ORADOR

DON ANTONIO VICO

---

*Señoras y señores:*

La emoción que experimento es superior á mis débiles fuerzas.

He aceptado esta honra, que jamás creí merecer, guiado por un sentimiento de gratitud, no por vano afán de exhibirme en este augusto recinto, donde tantas sublimes entidades esparcen la clara luz de su inteligencia.

No he debido escusar gloria tan inmerecida: pues si bien reconozco que algunos de mis dignos compañeros, hubieran podido hacer más espléndido relato acerca del artístico, cuanto para mi difícilísimo tema de que he de ocuparme, la mano amiga y protectora que hasta aquí me conduce, me impone el sagrado deber de acatar su fallo.

No extrañen ustedes señoras y señores, por el tono de mi voz, por los acentos que, entrecortados, saldrán de

mi boca, algo de la amargura que he experimentado durante una larga y penosísima convalecencia, leyendo las gloriosas páginas de nuestros más preclaros artistas, sus luchas, sus quebrantos; en aquellos instantes en que yo, pobre pigmeo de tan sublime arte, sentía correr por mi abatido rostro lágrimas de dolor y desconsuelo, al ver bosquejado ante mis ojos un pavoroso mañana, y un presente tristísimo y desconsolador.

No trato de convertir este mágico recinto, en árido palenque de rancias aspiraciones.

Pero viendo ya lójos la edad hermosa y risueña de los juveniles años, el ímpetu ardoroso de las primeras campañas, el entusiasmo que las enardece, y esa inspiración sagrada que arrebató todo nuestro sér, permitidme, señoras y señores, que exhale, por primera y última vez, la sentidísima queja, que á torrentes brota del pecho y sale por mis labios.

¿Cómo ocuparme, aunque sucinta y brevemente, de tres génios portentosos, de esas eminencias sublimes, genuinas encarnaciones de cuanto abarca el Arte dramático español desde principios del siglo actual, sin traer á la memoria sus luchas, sus sufrimientos, y el abandono en que se vieron y en que, aún hoy mismo, yacen olvidados?

¿Dónde, en qué sitio de esta Córte contemplamos, y contemplan los extranjeros, la estátua que conmemore al sublime regenerador del arte? ¿Al gran trágico que supo encauzar las cenagosas corrientes en que se deleitaba un público corrompido y degradado?

¿En qué templo del Arte vemos en España, un busto que perpetúe las glorias del maravilloso intérprete de nuestro gran teatro romántico?

¿Dónde, por último, vemos hoy *algo* que nos recuerde un sólo destello de aquella mirada, de aquella noble y anchurosa frente, de aquel ilustre maestro del arte de hacer comedias?

Si el gran ISIDORO MÁIQUEZ representa en nuestra patria la tragedia; si el drama romántico halló en CARLOS LATORRE su asombroso intérprete, y si el más alto y sublime creador de nuestro teatro moderno, como de nuestras comedias del siglo XVII, fué JULIÁN ROMEA (según la tradición y España entera proclaman), con tengamos, señores, que el abandono en que hoy nos vemos todos los que del arte y para el arte vivimos, está justificado.

¿Cómo pensar en elevar nuestro teatro, reclamando auxilios para el presente y seguridades para el porvenir, si no contemplamos los de hoy, más que recuerdos tristísimos del pasado?

Penetrad en el teatro francés. Vereis en su vestíbulo la colosal estatua que representa á Talma, teniendo á ambos lados guardia de honor, igual que en los Inválidos la tributan, en la cripta que guarda los restos de Napoleon I.

Subid al *foyer* del mismo teatro, y contemplareis embelesados, los bustos de riquísimo mármol y de pórvido, proclamando á Racine, á Corneille, á Molière, y á tantos otros; y enfocada por sorprendente luz eléctrica, la originalísima figura del gran Voltaire.

Desde Isidoro Máiquez hasta Julián Romea, en los cien años que van transcurridos, ¡cuántas glorias literarias, cuántos artistas notables, se han visto y *aún se ven*, llenos de privaciones, faltos de recursos.

El poeta que halla fuera del teatro el medio honroso de atender á sus obligaciones, abandona y aún olvida sus lauros de la escena.

El actor que desee dar á sus hijos una mediana educación, ó dejarles un pedazo de pan, tiene que ir á buscarle luchando con las olas, menos amargas, á veces, que las lágrimas que brotan de sus ojos al separarse de los seres queridos.

Son contadísimos los actores que ganan sueldo me-

dia docena de meses al año. Y los otros restantes, ¿de qué viven?

De día, envolviendo sus galas escénicas, para que sirvan al siguiente de sustento á sus padres ancianos, á sus pobres hijos. Y de noche... de noche, en algún *teatro español*, admirando los portentos artísticos de las compañías extranjeras, que inundan, no sólo los coliseos de esta Côte, sino también los principales de nuestras provincias.

Si es culpa de nosotros, ¡pobre y escaso grupo de actores desvalidos! cuanto pasa y cuanto ocurre en nuestra escena, bien merecido tenemos los duros calificativos con que se nos trata; pero si es culpa de la nación y de sus gobiernos, Dios haga que hallen pronto los medios para sacar de tanta postración y de tanto abandono, el glorioso renombre de nuestro abatido teatro nacional.

### Isidoro Máiquez

Nació ISIDORO MÁIQUEZ, para gloria y orgullo del arte dramático español, en la ciudad de Cartagena, el día 17 de Marzo de 1768.

De imaginación vigorosa, de carácter impetuoso, tardó, no obstante, en vencer cuantas dificultades oponíanse al desarrollo de sus inmensas facultades. Recorrió desde el principio la escabrosísima senda que lenta y desairadamente recorre en los primeros años el actor español. De modesto racionista en la compañía de su padre, actor estimado de aquellos tiempos, consiguió mezquino ascenso en la misma compañía, y luego en otras...

Fué luchando tenáz y pobremente, desoyendo animoso cuantas diatribas y falsos conceptos formaban de él, discurriendo todo aquello que pudiera conquistarle el aplauso y consideración con que soñaba, mirando

resignado la mofa que de él hacían sus mismos compañeros, procurando apartarse de cuanto á su alrededor veía y oía en la escena y, sobreponiéndose, en suma, cual titán valeroso, á las mezquinas pasiones que perturbaban la marcha sucesiva del progreso, ya fuera en civiles y áridas contiendas, ó en las altas y sublimes esferas del arte.

Otro hombre, menos animoso, menos resuelto, hubiera sin duda desmayado en aquella época de abandono, de superstición, de ignominia.

Hallábase en punible decadencia nuestro hermoso teatro español á fines del siglo pasado; prohibidas por el gobierno nuestras mejores producciones del siglo XVII; pervertido el gusto del público con espectáculos estrambóticos; los actores rindiendo fervoroso culto á un falso ídolo; sin reglas ni rumbo fijo la literatura; y el arte de hacer comedias una insoportable rutina, un amaneramiento ridículo, una parodia, en fin, de todo lo divino y humano, representada por comediantes envidiosos, con entonaciones subterráneas y ataviados de fastuosísimos talcos!

No pretendo hacer una minuciosa reseña de aquella época desdichada para nuestro teatro, en sus extravíos y en sus infortunios.

Tampoco quiero molestar vuestra atención con recuerdos, cuyas cenizas aventaron las perfumadas brisas de la moderna civilización.

Sólo buscaré frases de entusiasmo, imágenes sublimes, en mi modestísima inteligencia, para ensalzar con toda la efusión de mi alma, con todo el fuego que circula por mi ardorosa frente, al héroe insigne, al actor inmenso, de cuyas primeras y copiosas lágrimas brotan las corrientes melodiosas, las suaves y cristalinas ondas, en que debieran navegar con rumbo cierto cuantos se dedican al arte dramático español.

ISIDORO MÁIQUEZ ha sido y será siempre el más su-

blime modelo de la juventud estudiosa y entusiasta.

ISIDORO MÁIQUEZ silbado, *arrojado* de la escena española tan ignominiosa como torpemente, no decayó un sólo instante. Fiel observador de su arte; atento siempre al estudio que hacía de los grandes caracteres; guiado por un instinto de observación igual al temple de su alma, soportaba resignado las malas situaciones de su vida ingrata; oía las aceradas puyas que de continuo le dirigían; escuchaba los aplausos que á sus compañeros tributaban, y hubiera, sin duda, desaparecido para el mundo y para el arte, resignado ó loco, á no haber llegado á sus oídos, con fascinadores ecos, las continuas alabanzas de que era objeto en la vecina Francia el gran trágico Francisco Talma.

El impulso supremo, el estímulo ardiente, el afán de aprender, brotaron á un tiempo en aquel cerebro organizado para grandes empresas, y asaltó su mente la idea de contemplar por sí mismo aquel astro glorioso, cuyos lejanos resplandores llegaban, no obstante, á caldear su alma de artista. ¿Qué podía esperar de un público que le rechazaba, que no le comprendía, que prodigaba sus aplausos al inmotivado desplante, á la entonación enfática, pero jamás movido por un arranque ó un grito del alma... nunca al sagrado fuego de la inspiración sublime?

ISIDORO MÁIQUEZ, como todos los grandes genios, halló sin duda el supremo esfuerzo para lograr sus altas aspiraciones. Oyendo al gran maestro, se pondrían de relieve ante sus ojos todos sus desvelos y amarguras, consultaría consigo mismo, estudiando al coloso, aquilataría, en fin, el mérito propio ante el ajeno, y fijaría de modo seguro y cierto su estudio en el porvenir.

¡No vaciló!

Venciendo cuantos obstáculos se opusieron á su marcha, faltó de recursos para su viaje, que en aquellos tiempos sería, sin duda, tan costoso y largo, como

penoso y molesto, partió del suelo patrio con la fé de su entusiasmo, por todo amparo, y la esperanza de un porvenir risueño, como único y seguro guía. ¡Gloria eterna á la memoria del hombre insigne que, apartándose del círculo mezquino en que se mira envuelto, eleva su vista y su pensamiento á las regiones donde juzga hallar colmada y satisfécha su ardiente fantasía!

¿Cómo enumerar los sacrificios, los anhelos que combatirían aquel acerado espíritu durante las interminables horas que tardó en presentarse ante la gran figura del insigne actor, que era el asombro de aquella Francia en su época más viril y avasalladora?

¿Cómo haceros una exacta, al par que elevadísima reseña de la primera entrevista de aquellos séres, de aquellos atletas, de distinto país, de diferente idioma, de posición tan contraria?

¡El uno, sosteniendo con fuerte y segura diestra el cetro de la escena en su país, rico, floreciente y satisfecho!

¡El otro, abatido: tendiendo la aterida mano, en busca de enseñanza provechosa y útil para su patria, pobre, envilecida y degradada!

¡La llama del genio tendió por igual sus relucientes galas, y un cariñoso lazo unió de pronto aquellas almas cual se unen por celestial arcano, en regiones de luz y de armonía, los purísimos colores del iris en la altura!...

El estudio profundo de los grandes caracteres, la consulta de las propias facultades, la copia exacta del personaje que se estudia, su época, sus aptitudes, sus atavíos, y todo esto guiado por un humano y artístico sentido, produce siempre feliz resultado en un actor de genio é inspiración, cuando lo impone como base principal del estudio el maestro que enseña y nos cautiva, y en cuyo modelo hallamos el bello ideal de nuestras aspiraciones.

Por estos ó parecidos medios debió, sin duda, ISIDORO MÁIQUEZ encauzar sus facultades. Estudiando á su maestro, copiándolo exactamente, haciendo sentir á su rostro las mismas contracciones, á su pecho la misma agitación, á sus nervios aquellas violentas sacudidas, á su aspecto, en suma, la misma salvaje ferocidad, en aquel Otelo, del que sabemos (por referencias de actores que vieron en Madrid representar á MÁIQUEZ la citada tragedia) que después que hería de muerte á la inocente Edelmira, su atezado semblante *vetase palidecer!*... sus ojos iban adquiriendo lentas, pero descomunales proporciones; el brillo de sus pupilas arrojaba vivísima y roja luz; la contracción de su cara se iba acentuando por momentos; el temblor de sus músculos reconcentraba torpe y cobardemente; una profundísima, pero lenta congoja, brotaba poco á poco del fondo de su pecho; sollozo á sollozo iba aumentando aquel copioso llanto; desbordábase luego, cual torrente impetuoso, en alaridos de dolor y de amarguísimo desconsuelo, y al asaltar de nuevo su mente la justificación de aquella venganza, serenábase y mitigaba su dolor, recobraba poco á poco y exclamaba, ya sereno, pero con frase terrible, y feroz acento,

..... ¡Está bien hecho  
lo que acabo de hacer con esta ingrata!

Para poder llegar á realizar este prodigio artístico: para contener á todo un público, que permanece embelesado los seis ú ocho minutos (que juzgo debe durar el sostenimiento de situación tan soberanamente desempeñada por un actor), se necesita ser un genio sobrehumano, un gigante, en fin, un ¡ISIDORO MÁIQUEZ!

Ya conocen ustedes la biografía que en distintas épocas se ha publicado de tan insigne actor. ¿Qué podría yo añadir á las justísimas alabanzas de que ha sido objeto, seguramente en descargo del pundonor nacional?

Que al volver á su patria, después de larga, mas provechosa ausencia, halló al público tan viciado y corrompido, que se constituyó en regenerador absoluto de su divino arte, creando el buen gusto en aquella época con los tesoros inagotables de su peregrino ingenio; fijando la atención del público, y dando por resultado el delirio, el entusiasmo de Madrid entero, que acudía una y otra noche á oír con arrobamiento las portentosas creaciones de Racine, de Corneille, de Sakspeare, de Alfieri y de Quintana, al extremo de excitar la envidia ó el miedo de un gobierno suspicaz y asustadizo. La calumnia cebóse en aquella popularidad que hizo de MÁIQUEZ su ídolo predilecto. Las ovaciones de que era objeto molestaron seguramente á ridículas entidades que no podían soportar *que un cómico* fuese objeto de tan marcadas demostraciones, y fué desterrado á Granada, só pretexto de que alteraba á las masas, con los detalles sublimes de su fogosa inspiración!...

No tardó mucho tiempo en sentirse los efectos de destierro tan injusto como inmotivado, pues la opinión, siempre severo juez, pedía á gritos la vuelta á Madrid de su actor predilecto.

El terror y las cadenas no pudieron sujetar los fogosos impulsos del pueblo entusiasmado; que si se ven sujetos por largo tiempo, llega el día en que un sol purísimo deshace los más duros y consistentes hierros.

De tal suerte impresionó el destierro de MÁIQUEZ, que el teatro estuvo cerrado por muchos meses, y cuantas tentativas se hicieron para atraerse al público fueron inútiles. Los cómicos elevaron respetuosísimas solicitudes para que Fernando VII levantase la orden del destierro, pues se hallaban faltos de sustento; y lo que tardó algún tiempo en concederse, obtuvo al fin resultado feliz en el ánimo de aquel mal aconsejado monarca.

*Otelo, Oscar, Cain, Hijos de Edipo, Fenelón, Vano Humillado, García del Castañar, Rico-hombre de Alcalá* y otras infinitas producciones, formaban el inmenso repertorio de aquel gigante de nuestra escena, cuya muerte, en el año de 1823, en Granada, causó amarguísimo desconsuelo, no sólo á los amantes de nuestras artes escénicas, sino á España entera, que dejó morir en la más espantosa de las miserias á una de sus más insignes y verdaderas glorias.

### Cárlos Latorre

Legítimo heredero y continuador de todas ellas, otro sublime actor, gran conocedor del arte, y educado en la misma escuela que su antecesor, fué CÁRLOS LATORRE, nacido en Toro, el día 2 de Noviembre de 1799. Su familia, de abolengo principalísimo, tuvo que emigrar á Francia, donde perfeccionó su educación, iniciándose desde su principio en los secretos del arte y de la oratoria, concurriendo á los teatros, á las cámaras y á los tribunales, hasta el extremo de llegar á ser el francés su idioma favorito.

Vuelto con su familia á España en 1823, decidióse por el teatro, y sus triunfos llegaron bien pronto á extenderse por todas partes, arrebatando en cuantas obras se presentaba en la escena.

*Otelo, Oscar, Pelayo, El Cid*, fueron sus primeros triunfos, y de todas las empresas de provincias era solicitado, siendo Granada la primera que, en 1825, tuvo la honra de aplaudirle con verdadero delirio.

En esta Córte trabajó en unión de la gran actriz Concepción Rodríguez, y las no menos célebres Antera y Joaquina Baus, estrenando con esta última, heredera de los papeles del teatro antiguo, de la Rita Luna, las tragedias escritas expresamente para los dos, tituladas *Dido, Ifigenia y Doña Inés de Castro*.

Pero cuando LATORRE llegó al colmo de la creación dramática, fué en el estreno de la célebre tragedia de Martínez de la Rosa, titulada *Edipo*.

Con esta tragedia obtuvo LATORRE triunfos brillantísimos, realizando con su representación verdaderos prodigios de arte.

Actor maravilloso, de facultades tan poderosas, de ilustración é inteligencia tan supremas, supo realizar la evolución artística y literaria, destruyendo los moldes antiguos del arte clásico, aclimatando el romanticismo con las soberanas creaciones de Martínez de la Rosa, duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Zorrilla y tantos otros.

Fundado el Conservatorio de Música y Declamación por S. M. la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina, fué CÁRLOS LATORRE, en unión de otros insignes artistas de su tiempo, uno de los que más brillo y esplendor dieron al arte, y provechosos resultados al Teatro español.

De allí surgió, como radiante estrella, el genio poderoso de la escena moderna, el gran Julián Romea.

Entre las varias anécdotas que se cuentan de LATORRE, respecto á sus prodigiosas facultades, recordamos una, que dá la idea del efecto que produciría en escena este renombrado actor.

Terminada la representación una noche en el teatro Principal de Granada, LATORRE vestíase para retirarse á su casa, después de haber recibido en su cuarto la visita de muchos de sus admiradores.

Gran ginete, diestro en las armas, de arrogante y varonil figura, se preocupaba bien poco de las indicaciones que sus amigos le hacían para que se retirase de noche acompañado por alguna persona de su confianza. Habitaba D. CÁRLOS LATORRE en la calle de San Matías, de la citada ciudad, que como es sabido, conservaba, y conserva aún, en determinados sitios, el aspecto de las ciudades moriscas, con sus callejones estrechos y tor-

tuosos y la falta total de alumbrado. Era una noche oscura y fría del año de 1825. Envuelto en una larga y anchurosa capa, caminaba lenta y sosegadamente nuestro insigne actor hacia su casa, en medio del silencio y de la oscuridad más profundas, cuando al atravesar una de las callejuelas, se precipita sobre él un hombre, diciéndole: ¡Alto, suelta la capa! Sin tiempo para desembozarse, D. CARLOS aprisionó contra la pared al incauto pretendiente, y aproximando la boca al oído de su *improvisada víctima*, exclamó con voz potente y bronca: ¡Primero la vida! ¡Tal efecto produjo en el pillete aquella explosión, penetrante y profunda, que cayó al suelo atolondrado y sin sentido!

D. CARLOS siguió impávido hasta llegar á su casa, donde refirió el lance, encargando á su criado examinarse escrupulosamente la capa, objeto de aquella escena tan nueva para él en todo su trágico y vastísimo repertorio.

Enaltecían las naturales y supremas dotes de este gran actor, una ilustración vastísima, una cultura y flexibilidad asombrosas y una distinción extremada. Afable y respetuoso con sus compañeros, cariñoso protector de la juventud estudiosa, explicaba con frase natural y sencilla las más trágicas situaciones, fraternizando con sus discípulos. El género romántico halló en él su más vigoroso intérprete y su más decidido protector. En las comedias de costumbres hizo gala de sus finos modales y fácil dicción, descollando en algunas de verdadera índole cómica. Fué, en suma, un esclarecido maestro, digno por todos conceptos del renombre glorioso que pregona su fama.

El 11 de Octubre de 1851 falleció en esta Corte, dejando á sus numerosos admiradores en profundísima consternación, y al Teatro Español, sin una de sus más deslumbradoras galas.

Deseo hacer constar, que me he valido para hacer esta breve reseña-biografía de D. CÁRLOS LATORRE, de las ilustradas revistas que publica en la actualidad el erudito escritor, Sr. D. Antonio Guerra y Alarcón.

### Julián Romea

¡D. JULIÁN ROMEA! Al sólo nombre de este incomparable actor, permitidme, señoras y señores, un momento de reposo, antes de que mis torpes labios empañen (siquiera sea inconscientemente) el purísimo crisol en que se funden dentro del alma la ilusión y el deleite más profundos. Persigo un ideal, siempre que oigo resonar en mis oídos sus justas alabanzas, cada vez que escucho á sus infinitos admiradores proclamar sus excelencias de artista incomparable.

Cada año que avanzo por el impenetrable y fatigoso sendero de la duda, cada papel que estudio, cuantas veces recorro con mis ojos su breve pero incomparable *Manual de declamacion*, sus *Héroes en el teatro*, sus *sentidas poestas*, todo cuanto tan ínclito, como para mí desconocido actor, ha dejado escrito y grabado en la mente de los que tuvieron la dicha de admirarle, son otras tantas causas para que el desaliento y la pena anonaden y confundan mi pobre inteligencia. ¡Yo no vi jamás á ROMEA! ¡Jamás le contemplé sobre la escena! ¡Juzgad, ahora, el por qué,—teniendo que proclamar mis labios sus más esclarecidas dotes,—tiembla mi voz, como tembló mi mano y se humedecieron mis ojos, al pensar y al escribir estas ardorosas y sentidísimas líneas!

Cuantos datos biográficos voy á mencionar aquí de tan preclaro artista, son debidos á la cariñosa voluntad de un individuo de su familia; pero conste que me agito en una atmósfera, cuyo ambiente soberano caldea mi frente, eleva mi pensamiento, arroba mi corazón y

conmueve mi alma; y aunque indigno propagador de su divina escuela, deposito y depositaré siempre en su ruinoso templo, el modestísimo fruto de mi ciego entusiasmo.

D. JULIÁN ROMEA Y YANGUAS, nació en la ciudad de Murcia, el 16 de Febrero de 1813. Su padre, administrador de la casa del señor marqués de Espinardo, fué más tarde administrador de Rentas de Alcalá de Henares, donde permaneció hasta 1824, volviendo luego á Murcia, donde poseía algunos bienes de fortuna. En Alcalá fué donde este gran actor estudió la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza, con notable aprovechamiento, disponiéndose á seguir la carrera del foro, lo que impidieron las vicisitudes políticas en que se vió envuelto su padre, que de ningún modo quería fuese actor su hijo, y por lo que mostraba JULIÁN marcadísima predilección. La situación de su familia se hacía cada vez más aflictiva, á causa de la impurificación que venia padeciendo su padre, desde que le quitaron la administración de Alcalá.

En esta Córte, y en el año de 1826, empezó ROMEA á darse á conocer como aficionado, en el teatro de las Urosas y en el de Santa Isabel, que ya no existen.

Fué alumno del Colegio de Música y Declamación que fundó S. M. la reina doña María Cristina, y regentaban los insignes actores Caprara, Latorre y otros no menos esclarecidos.

Durante la enfermedad que llevó al sepulcro á Fernando VII, en el teatrillo que se construyó en Palacio, conquistó ROMEA señaladísimas muestras de aprobación de toda la Córte, consiguiendo, por último, en el año de 1833, el ser ajustado, con el sueldo de 24 reales diarios y como galán joven, en el teatro del Príncipe, donde trabajaban juntos Latorre, Guzmán, Fabiani, Campos, y las sublimes actrices Concepción Rodríguez, Llorente y otras célebres y afamadas artistas.

El año 37 casó con doña Matilde Díez, de glorioso recuerdo, y en unión de esta y su compañía, marcharon á Granada, y luego á Málaga, recogiendo en ambas ciudades innumerables ovaciones, igual que en esta Corte, durante las temporadas de invierno, hasta la de 1868 en que arrebató la muerte tan valiosa existencia.

Durante su estancia en Granada en 1837, erigió JULIÁN ROMEA, á sus espensas, un artístico y modesto mausoleo de mármol negro, á la memoria de Isidoro Máiquez, de quien era gran admirador y entusiasta. Las inscripciones dicen así:

¡GLORIA AL GENIO!

A LA MEMORIA DE ISIDORO MÁIQUEZ.

DEDICADO POR JULIÁN ROMEA,

MATILDE DIEZ,

FLORENCIO ROMEA.

OTELO, OSCAR, CAIN, HIJOS DE EDIPO,

FENELÓN, VANO HUMILLADO,

GARCÍA DEL CASTAÑAR,

RICO-HOME DE ALCALÁ.

Este precioso monumento se colocó enfrente del teatro Principal de aquella ciudad, pero hace ya bastantes años fué trasladado al cementerio donde descansan los restos de aquel insigne actor. La primera ovación que obtuvo ROMEA en el teatro del Príncipe, á poco de su ingreso en él, fué en la representación del drama en un acto, *El testamento*. Noche de luto para su amantísima madre, señora que pertenecía á la primera nobleza de Aragón, marquesado de Villafranca del Ebro, título que heredaba JULIÁN por línea recta, á no haberle arrebatado la muerte. Fué director de cámara del teatro de su majestad la reina doña Isabel II, y del Conservatorio de Música y Declamación existente.

Ocupó primerísimo lugar en la gran compañía que se formó para el *Teatro Español*, donde figuraban La-torre, Valero, Maté, Guzmán, Calvo, Florencio Romea,

Fabiani, Mariano Fernández y otros, y las célebres actrices señoras doña Matilde Díez, Bárbara y Teodora Lamadrid, La Palma, Llorente y otras, y que dirigía con maravilloso acierto el eminente autor dramático, al par que sublime actor, D. Ventura de la Vega, nombrado de real orden Comisario regio del Teatro Español.

El más brillante florón de la corona artística de JULIÁN ROMEA, en sus primeros años de actor, fué sin duda el obtenido en el drama arreglado á nuestra escena por el ilustre Bretón de los Herreros, titulado *Los hijos de Eduardo*, y en el papel de *Glocester*, que fué rechazado por Carlos Latorre, pretestando lo odioso del carácter. En esta ocasión, era director de escena y empresario del teatro del Príncipe, el venerable y más afamado maestro de cuantos actores y actrices figuraban en su época, y esposo de la gran actriz Concepción Rodríguez, dotado de cuantas cualidades, condiciones y aptitudes son necesarias para dirigir un teatro, con la ilustración y el aplomo que exige nuestro difícil arte. Este hombre extraordinario, á cuya memoria rindo un modesto cuanto entusiasta homenaje, se llamaba D. Juan Grimaldy.

Devuelto el papel de *Glocester*, le fué entregado á JULIÁN ROMEA, y desde aquella asombrosa creación quedó asegurado el crédito de nuestro gran artista.

En el teatro antiguo hizo ROMEA ostentosa gala de sus privilegiadas dotes, resucitando los primores de nuestro teatro clásico, lo mismo que en las comedias de Molière y de tantos otros.

Empezó á agravarse en 1864 una afección al estómago que le impedía agitarse y hacía temer constantemente por su preciosa vida. Algó restablecido, salió una noche en el teatro de Variedades á hacer *El Hombre de mundo*, siendo recibido por el público de una manera inusitada, y de la que guardarán memoria cuantos tuvieron la dicha inmensa de contemplarla.

La última función en que trabajó en Madrid, fué *Los Soldados de plomo*, del malogrado Eguilaz. En el último mes de su vida, y encontrándose más animoso, accedió á los vivos deseos del empresario Sr. Olona, para que fuese á Barcelona á dar un corto número de funciones, cuyo resultado le fué fatal, pues á las primeras noches, y haciendo *El Hombre de mundo*, tuvo un ataque de ahogo de tal importancia, que hubo que trasladarle del teatro al ferrocarril, de donde salió para esta, llegando á su casa en tan lamentable situación, que quedó imposibilitado de moverse de una butaca. Juzgando su médico, el afamado doctor D. Pedro Espina, que en el inmediato pueblo de Loeches encontraría algún alivio su desgraciado amigo, partió con él el día 10 de Agosto de 1868, el mismo en que falleció en sus brazos á las seis de la tarde.

Embalsamado su cadaver, fué este conducido á Madrid, y acompañando sus restos el distinguido actor D. Francisco Oltra, á quien estimaba mucho el ilustre finado, fué depositado el cadaver en la Capilla de la Novena, propiedad de los actores en la Iglesia de San Sebastián, á las nueve de la mañana.

Aquella misma tarde se verificó el entierro, al que acudió Madrid entero rindiendo un respetuoso tributo á sus universales merecimientos. Se le dió sepultura en la Sacramental de la citada parroquia de San Sebastián, y en el patio llamado de San Pablo, nicho número 105. Se pronunciaron sentidísimos discursos haciendo la apoteosis del finado, y dijo, entre otros, el excelentísimo Sr. D. Patricio de la Escosura... «*¡Hé ahí una gloria de nuestra patria, por quien no se vertió una gota de sangre en nuestras discordias civiles!...*»

El numeroso séquito se componía de todo lo más ilustre y grande de nuestra sociedad, y la Casa Real se hizo representar por uno de sus gentiles hombres.

El saloncillo del Teatro del Príncipe se vió siempre

favorecido de todo lo más ilustre de su época, así en artes y literatura como de los que figuraban en la milicia, en la política y en la banca. Todos tributaban á ROMEA las más respetuosas atenciones. Cumplido caballero, de inteligencia y erudición vastísimas, dirigía la opinión con sus acertados y cultos razonamientos.

¿Para qué enumerar los triunfos conquistados, las obras en que sobresalió este portento de la escena, si en todos vive y vivirá siempre su memoria?

Falta tan sólo á mi propósito el deber sagrado que me he impuesto.

En el instante de verificarse el sepelio, Rubí, Santos Alvarez, Asquerino, Manuel del Palacio y otros, abrieron una suscripción para erigir un mausoleo á JULIÁN ROMEA. Recaudaron diez mil y pico de reales.

Las vicisitudes por que siempre atraviesa nuestro país, han hecho que, hasta el presente, no se haya realizado tan bellissimo y digno pensamiento.

Una nueva comisión de literatos y artistas, á la cual tengo la honra de pertenecer, ha conseguido (aunque carece de fondos) levantar con los esfuerzos de unos y otros, el mausoleo anhelado. Pero faltan algunos detalles en las obras de escultura que son necesarios, traslación de los restos y otras primísimas necesidades.

¡Suplico á este ilustre Ateneo se digne contribuir por su parte á tan elevada y culta manifestación nacional, fijando para tan señalado como glorioso día, un certamen literario que perpetue eternamente tan solemne y brillante acontecimiento!

**La escena española desde principios del siglo actual.**

En vano sería que fuese enumerando una por una la interminable série de vicisitudes y trastornos por que ha atravesado nuestro teatro, las diferentes causas que los han motivado, y los continuos cambios que han

influido en el gusto del público, para traerle al estado en que hoy se encuentra.

Por otra parte, la índole especial de esta conferencia, el límite prudente en que he de fijar su duración, me obligan, bien á mi pesar, á tratar en compendio y aún brevemente, asunto tan arduo, cuanto para mí difícil y escabroso.

He trazado á grandes rasgos las sublimes figuras de los primeros artistas (fijados para esta conferencia) y voy á hacerlos una sucinta reseña del estado actual de nuestra escena, dejando á otros más ilustrados oradores el examen prolijo de las causas que motivan nuestra decadencia literaria y artística.

Me sería violento y por extremo difícil convertirme aquí en severísimo censor y crítico pertinaz de hechos y de épocas, que no sólo serían estériles en mis labios, sino también infructuosas para el porvenir.

Nuestro teatro español ha ido envuelto en esa agitación política que domina y absorbe todas las demás ideas, y su desenvolvimiento desde principios del siglo actual sufre por necesidad los efectos lastimosos de nuestras discordias civiles.

La lucha ha sido desigual, y lo es hoy, porque no se ha contado, ni contamos en el día, con los elementos necesarios.

Sería inútil culpar á ninguna de las entidades que le han constituido. ¡El arte respira el ambiente que le rodea, y aquí, en vez de brisas bienhechoras, hemos sido siempre arrastrados por impetuosos huracanes!

Nos ha reanimado de vez en cuando un foco de viva luz; más, deslumbrados ante tan inesperada dicha, ni hemos conseguido, ni hemos sabido sustentarle. Periodos más ó menos largos han mantenido con deslumbrador empuje, en lo que vá de siglo, nuestras hermosas tradiciones, y hemos contemplado la escena rebosando de gloria y de esplendor.

Dejando aparte la tragedia, que nunca figuró en España como género predilecto, pues nos fué importada de Italia y de Francia por artistas cuyos gustos y aptitudes se desarrollaron oyendo al gran Módena y al sublime Talma, el instinto del público se ha formado á medida que autores y actores han ido apareciendo, cual esas intensas llamaradas, que al extinguirse ó agotarse, dejan de nuevo en oscuridad profunda la senda que contemplamos fértil y provechosa.

Ved, si nó, en el primer cuarto de nuestro siglo al ínclito Isidoro Máiquez, y á la incomparable Rita Luna, difundiendo la luz de su inteligencia entre las apiñadas masas que iban á contemplarles, y destruyendo con vigoroso acento los falsos moldes en que se deleitaba la multitud.

Mirad al gran Carlos Latorre y á la inspiradísima Concepción Rodríguez, proclamando una nueva era para el arte, con el drama romántico é histórico, realizando asombros de verdad, y el deleite más profundo.

Contemplemos, en ese mismo género, á mi siempre respetado maestro, el eminente y notabilísimo actor D. José Valero, reanimar con su potente esfuerzo las glorias de sus antecesores, en *Edipo*, *Macías*, *Aman-tes de Teruel*, y tantas otras sublimes creaciones, en unión de la misma Concepción Rodríguez, Joaquina Baus, Bárbara y Teodora Lamadrid y Pepita Valero.

Recordemos los años en que al amparo del conde de San Luis fundóse el teatro Español, reuniendo en su seno, para gloria del arte nacional, cuanto de grande y sublime tenía España de poetas y actores distinguidos.

¿Habría sido posible sostener ese templo del arte, durante los años que han transcurrido?

¿Podríamos precisar ahora las causas que motivaron su destrucción?

.....

No seré yo, ciertamente, quien dé muestras de irrespetuoso en tan complicado y difícil asunto.

Esos conjuntos tan deseados, han tenido, como es natural, gran aceptación de la opinión y de la crítica. ¿Pero qué resultados han producido? ¿Qué recompensas les ha coronado? ¿Ni cómo les pudiéramos imitar, aún agrupándonos en artístico y apretado nudo, si no podemos sostener nuestro propio desaliento, y sólo la fé y el amor al arte reanima de vez en cuando nuestro abatido espíritu?

Escuchad, en breves palabras, los resultados prácticos obtenidos en estos últimos tiempos, por compañías españolas de numeroso y escogido conjunto, y de compañías más ó menos de primer orden.

¿Qué sucedió al gran Julián Romea, durante los treinta años, que con incomparable esfuerzo, sostuvo el cetro del arte en nuestra patria? Vedle, años y años, siendo el asombro de cuantos le contemplaban, pero arrastrando una existencia penosa y triste, y luchando con la apatía y el abandono de sus mismos admiradores.

Recordemos á Joaquín Arjona, originalísimo y eminente actor, consagrado toda su vida al estudio del arte más exquisito; pero alejándose de su patria en busca de una vejez sosegada, y por lo que adquirió la aguda enfermedad que le llevó al sepulcro.

Mirad á ese venerable y sublime anciano, D. José Valero, obligado *aún hoy mismo* á firmar contratos artísticos, ¡no debiendo sostener ya, más que el peso abrumador de su inmensa gloria!

Ved al distinguido actor D. Manuel Catalina, que sostuvo con verdadero amor y entusiasmo el pabellón honroso de nuestro teatro Español, durante los últimos veinte años, teniendo á su lado siempre las actrices y los actores más estimados del público, y viendo hoy, no sólo estériles sus afanes, sino además, ya extinguida su fortuna y su juventud.

¿Nos sería posible ir enumerando? (¿ni cómo comprobarlas?) las causas que motivan estos tristísimos, sí, pero prácticos resultados?... Ni las varias tentativas de estos eminentes actores, ni los continuos esfuerzos de la prensa en demanda de auxilios para nuestra regeneración artística, ni los portentos de ingenio que han llevado á la escena esa gloriosa pléyade de poetas ilustres, han sacado de la apatía y del abandono más inaudito é increíble á aquellos que debieran velar por un arte que, en naciones más ó menos fuertes ó poderosas, es ya mirado como elemento principalísimo de cultura y de vigor.

¿Puede permanecer así nuestro teatro? Yo creo que nó; y aún juzgo llegado el instante (doloroso me es decirlo) *de anularle por completo*, ó entregarle (*mudos por el dolor*), á ese turbión de compañías extranjeras, de obras traspirenaicas, de operetas y vaudevilles, y cientos de revistas taurinas y flamencas, resignándonos los pocos que aún rendimos un fervoroso culto al verdadero arte, á deplorar tristes y abatidos, en el rincón de nuestro hogar, tan lamentable *como insostenible situación*.

Hoy existen en Madrid tan diversas aficiones, tan contrarios pareceres, que nos sería difícil asegurar por qué clase de espectáculo optaría el pueblo de Madrid en lo que á teatros de primer orden se refiere. Podemos, no obstante, suponer (en vista de lo ocurrido en estos últimos años), que la gran mayoría del público propende tan sólo á esparcir el ánimo agradablemente, y prefiere esos espectáculos en que se disfruta de grato solaz, sin detrimento del sistema nervioso, ni emociones más ó menos fuertes. A esta marcadísima predilección, al extraordinario número de coliseos abiertos, de todos géneros y de todas clases, á los centros de reunión, y sobre todo, á ese monstruo que consume élsólo tres ó cuatro veces más que todos los espectáculos res-

tantes, llamado teatro Real, debemos hacer ya muchos años que el arte dramático español sea mirado con lástima y con menosprecio. Y no es, ciertamente, que prospere el género, al decir de los más acérrimos *dilettanti*, ni se enriquezcan las empresas, no. Es que toda la protección, toda la atención, todas las miradas, y la principal de las aficiones y de la moda, es el teatro Real y el arte lírico.

Es una obligación, *una necesidad* para los más, y aún supongo que verdadera afición, *en los menos*.

Son nueve ó diez millones que anualmente se llevan á sus nidos esos privilegiados ruseñores; dejándonos con la boca abierta á cuantos debiéramos poner el grito en el mismo cielo.

Esto hace seguramente que los autores dramáticos no escriban ó den sus obras, que muchas empresas vayan desapareciendo ó arruinándose, y las que quedan se limiten á reducir sus presupuestos, único medio de poder defenderse.

El público tiene siempre derecho á exigir compañías de primer orden. Los autores tienen aún más derecho que el público á exigirlo así de las empresas; ¿pero es esto posible en un estado como el que atravesamos en la actualidad?

Lo que hoy ocurre es consecuencia precisa de la fiebre que nos devora, nos enardece y exalta, lo mismo á los que vivimos del arte, que á los que viven de rentas, de cargos públicos, de negocios ó de destinos. La sociedad moderna lo lleva en sí. La sociedad moderna no sácia nunca su sed abrasadora. Altísimas personalidades dan ejemplo tan desnaturalizado, y el arte es espejo clarísimo en que se han reflejado siempre los gustos y defectos de la sociedad.

Las artes contribuyen eternamente al engrandecimiento de los pueblos en todos los países, y en todas las épocas; y en esta de decaimiento, en que nos halla-

mos, ¿qué extraño es que el arte dramático español sea mirado con indiferencia? ¿Somos por ventura, los únicos que arrastramos una existencia penosa y triste? ¡En España, por desgracia, es infinito el número de los desheredados!

Lo extraño, lo verdaderamente anómalo, es que suceda hoy lo mismo en esa Francia tan decantada en materia de arte dramático, en esa Francia que subvenciona con 200.000 francos su teatro Nacional, paraíso encantado de tanto y Adán y Eva como lo visita y ensalza. Pues el teatro francés de hoy, no es el teatro francés de ayer. Atraviesa en la actualidad una crisis injustificada. Sus autores van disminuyendo visiblemente. De sus gloriosas tradiciones artísticas sólo quedan contadísimas personalidades, y de éstas, la que pudiera aún tornearse de viva luz sus clásicos contornos, gira á su antojo por esos mundos como fugaz estrella.

¡Si es el teatro Italiano, aún se halla reducido á más mezquina situación. De su inmenso repertorio, de sus clásicos autores, ¿qué les queda? Ya retirados de la escena, aquel prodigio del arte, Adelaida Ristori, el inmenso Salvini, el incomparable Rossi, discípulos del inmortal Módena, ¿tienen hoy parecida, ni aún posible sustitución?... ¿Rinden igual, ni aún parecido culto á su teatro Nacional sus poetas de hoy, á los sublimes vates de ayer?

Pues esos dos teatros (sobre todo el francés) reciben pingües subvenciones de sus gobiernos. Allí el que se conquista un puesto distinguido en literatura y arte dramático, encuentra una posición desahogada, y un puesto de honor en la sociedad y aún en el mundo.

El decaimiento del arte en pueblos que de tal modo ensalzan y aseguran el presente y el porvenir de sus artistas y poetas predilectos está injustificado.

El decaimiento de nuestro pobre teatro español debiera hallar más noble y nacional disculpa.

Pero este mismo decaimiento, esta inacción, esta falta de entusiasmo, ¿son por acaso nuevos en nuestra patria, y resultado penoso y triste de la época presente? ¡No, señores!

¿Es hoy tan sólo cuando la opinión, la crítica y los autores se quejan amargamente de que el teatro está perdido? ¿Es hoy tan sólo cuando el gusto del público se mira extraviado?... ¿Es hoy tan sólo cuando deja de asistir á las representaciones de nuestros más afamados poetas? ¿Es hoy, por último, cuando los actores españoles, representamos una obra dramática, ó cómica, con 200 reales por todo ingreso en el despacho?

¡Corramos un espesísimo velo, por respetos bien dignos y elocuentes!

Añadiré tan sólo, y en descargo del pundonor artístico, que aún rendimos fervoroso culto, conmemorando sus aniversarios, á Calderón, á Lope, á Moreto, á Rojas, con su *Vida es sueño*, su *Castigo sin venganza*, su *Verdad sospechosa*, su *García del Castañar*.

Aún hallan acentos de dolor, gritos del alma, las sublimes creaciones del duque de Rivas, de García Gutiérrez, de Hartzzenbusch y Zorrilla, en su *D. Alvaro*, su *Trovador*, sus *Amantes*, y su *Tenorio*!

Todavía se hacen las hermosas comedias de Moratín y de Bretón de los Herreros, sosteniendo honrosamente su digna tradición!

Aún se han estrenado en nuestra época, y hacemos con verdadero amor y entusiasmo las obras de Ventura de la Vega, de García Gutiérrez, de Tamayo, de Ayala, de Nuñez de Arce, de Hurtado, de Rubí, y de tantos insignes poetas.

Aún encuentra la juventud literaria, modestos actores que patrocinen sus obras, ensayándolas con fraternal interés y cariño.

Pasan de 500 las estrenadas en estos últimos 15 años, de todas clases y de todos géneros, por mis dig-

nos compañeros D. Rafael Calvo, y D. Emilio Mário, y el que tiene la honra de dirigiros la palabra. Los tres, constantemente, y cada cual en su esfera y en su género, nos hallamos sosteniendo (aunque inmerecidamente en lo que á mí se refiere) la fatigosa y pesadísima tarea de los estrenos, y luchando siempre con recuerdos que nos hacen estremecer.

Sólo nos pertenece (si de algo nos pudiéramos vanagloriar), la dicha de haber contribuido con nuestra estudio y nuestro trabajo, á poner de relieve ante el público, la colosal figura de nuestro constante favorecedor, ¡el gran dramaturgo de su época, el ilustre, el sábio, al par que modestísimo autor D. José Echegaray!

Y con él, y casi al mismo tiempo, al heredero de la poesía castellana Márcos Zapata, al originalísimo, vigoroso y aplaudido vate Leopoldo Canó, al profundo y castizo, cuanto retraído autor Eugenio Sellés, y á tantos otros dignísimos continuadores y apasionados leales de nuestra hoy combatida y áun olvidada literatura nacional.

### La declamación en la tragedia, en el drama y en la comedia de costumbres.

El gran Talma dijo: *La tragedia* SE HABLA!—Nuestro inmortal Romea mantenía su solo sistema: *El de la verdad*.

Las teorías son muy fáciles en el gabinete, pero ineficaces ante el público.

Lo importante no es representar á Aquiles, *¡sino hacerle*. No es lo importante representar á Orestes, *¡sino serlo*.

Después de estas afirmaciones de esos dos colosos, ¿qué puede decirse más, ni quién osaría combatirlas ó refutarlas?

Si el actor cuida escrupulosamente al hacer el estu-



dio de su papel, de la época y del carácter que representa, dando á aquella cuanto requiera de solemne, y á aquél el justo desarrollo y la expresión *más humana*, deberá existir un sólo método de declamación. El estudio, la perfección de un carácter, consiste en el buen gusto y claro sentido del actor ó de la actriz al presentarlo ante el público con cuantas cualidades se le conoce y juzga en la historia.

Para esto es indispensable, ó nacer al arte como genio soberano de la escena, ó consumir largas horas en el estudio profundo de los caracteres que haya que interpretar.

Un mismo sentimiento podrán interpretarlo de distinta manera dos actores de genio é inspiración, lo mismo que en la vida real existen seres que piensan y sienten de distinto modo, un mismo afecto.

Surja un grito del alma con expresión de aterrador acento, ó brote del pecho anegado por abundantes lágrimas, que si surgen ó brotan al ardoroso fuego de la inspiración sublime, ambos conquistarán lauros imperecederos. La tragedia, para que resulte *tragedia*, hay que *hacerla*, con tal expresión *de verdad*, que de no *realizarla*, se convierte en parodia grotesca, ó ridículo sainete.

Y tragedias ocurren en todos los tiempos y en todos los países. Aún escuchamos los atronadores gritos, los angustiosos acentos de pueblos y de comarcas andaluzas, cuyos desdichados habitantes vieron desaparecer entre escombros los seres queridos de su alma, y el hogar que constituía su nido de amores y única ambición. El dolor, el espanto, el delirio, debió reflejarse en aquellos infelices de la misma y exactísima manera que pudieran manifestarlo en épocas más ó menos remotas

Un grito del alma debe arrancarse siempre y en todos tiempos de un mismo modo.

El espanto no tiene más que una manifestación. La madre de hoy es la misma de siempre. Su dolor no reconoce época ni lugar! ¡¡¡Siempre será inmenso, eterno, SANTO!!!

El dolor no tiene reglas ni medidas; y en una situación trágica, verdaderamente sublime, no puede, ni debe pensar un actor en si la voz será más ó menos sonora. ¿Dónde está la medida que fije la entonación de un grito del alma, desgarrador, penetrante, si precisamente *la verdad, lo sublime, LO HUMANO*, está en el desentono?

Los gritos combinados, las voces estudiadas, jamás serán la copia exacta de lo bello. *La naturaleza con toda su sencillez, la pasión con todo su fuego, el sentimiento con todo su abandono, ¡ese es el verdadero arte, esa la verdadera belleza, la única verdad!* Esto nos deja dicho Romea, y esto debe ser.

En una escena trágica, jamás podrá impresionarse al público, si los actores y actrices que han de intervenir en ella *no se ponen de acuerdo* y se hallan fielmente identificados con sus respectivos papeles; no ya por el prurito de arrancar aplausos; menos por el prurito de convertir la escena en pugilato artístico, nó, señores, sino para realizar el conjunto grandioso, el brillante marco, en que se exhiba y enaltezca cuanto de sublime y grande exija la situación y conmueva y deleite al auditorio.

Los aplausos, en situaciones de grande desempeño, excitan el ánimo del artista, le inspiran, le conmueven, pero al propio tiempo le distraen; y el artista debe conservar incólume toda su serenidad, *todo su estudio*, todo su fuego, atento á su interlocutor ó interlocutores, pronto á la réplica, firme y enérgico, ó sumiso y abatido, según el caracter que represente, y *FUNDIDO en el personaje que interpreta.*

La tragedia nunca adquirió entre nosotros carta de

naturaleza, pues necesita del concurso de los demás, y de un conjunto acabado y homogéneo, hasta en sus *más insignificantes detalles, pues todos son necesarios.*

Añadiré algunos conceptos respecto á la declamación en el drama romántico é histórico, tal como le comprendemos y hacemos en España.

Aquí, aunque figuremos en último término, entre las naciones que tan alto han sabido colocar el glorioso renombre del arte, no carecemos de museos, de bibliotecas y de artistas que nos guíen é iluminen por sendas útiles y provechosas.

El drama histórico se hace y se viste en España, por regla general, con la más exactísima propiedad y consultando fielmente la mejor autenticidad.

Aquí, aún no hemos vestido *en nuestros días* á un personaje de la época de Carlos V, con pañuelo de seda á la cabeza, faja encarnada con grandes caídas, calzón bombacho y manta morellana sobre los hombros; ni menos la clásica y legendaria figura de nuestro noble Cid Campeador, con calzón de seda celeste, botas de montar, tonelete corto á la italiana y bigote y perilla engomados. ¡Increíble profanación, en países que se juzgan ilustrados! ¡Más increíble aún nuestra tolerancia que lo ha permitido y aún acatado!

El drama histórico hallará entre nosotros su más legítimo asiento, porque á él se deben los principales hechos de nuestra literatura nacional.

Este género *es aún (entre españoles amantes de la patria)*, el que perpetúa nuestras grandes victorias, enardece el espíritu y eleva nuestro ser. La sangre que circula por nuestras venas, el entusiasmo que nos inspira, son motivos poderosos para que tan brillante género ocupe entre nosotros primísimo lugar. Lo franco del estilo, lo fogoso del carácter, lo castizo del lenguaje, cautivan y cautivarán siempre nuestros auditorios.

El actor ó la actriz que posea cuantas cualidades

son necesarias de juventud, de entusiasmo, de gallardía é inteligencia, ocupará siempre puesto honroso en nuestra escena.

Con estas cualidades, guiadas por un concienzudo estudio del caracter que se representa; dando á la voz cuantas inflexiones *estén en armonía con las propias facultades*; y uniendo todo ello á la inspiración sublime, se conquistará el anhelado fin, lenta y suavemente: *que una vez en la cima ardorosa*, se llega por celestial impulso á las más altas y radiantes alturas.

En ese período de éxaltación, de arrobamiento, es cuando el actor recoge el fruto de sus largas veladas y constantes estudios.

Todo es bello é inmenso ante sus ojos. El público que le aclama, el ambiente que respira, el cansancio que le agita, el fuego que le rodea.

La declamación en la comedia de costumbres, no ha alcanzado aún entre nosotros el grado de perfección á que tal vez pudiéramos aspirar. Un escogido, pero aún escaso número de artistas, explotan tan difícil cuanto apacible género, y á ellos se debe que gran parte de nuestro público vea con singular agrado las producciones estrenadas en estos últimos diez ó doce años.

Pero esta clase de comedias que hoy se hacen en los teatros de Madrid, dista mucho de ser la *alta comedia de sociedad*, como siempre hemos llamado en España. Me refiero á *las obras originales de autores españoles*. Ejemplos sobrados tendrían que imitar, tales como *El hombre de mundo*, *La bola de nieve*, *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, *Achaques de la vejez*, *Jugar por tabla*, *Consuelo*, y otras bellísimas producciones, modelos del buen decir, de elegantísima forma, de discretísimo diálogo y de *humanos caracteres*. Este género *de comedias* (algunas de las cuales bordean al final el drama de costumbres), ha desaparecido, por desgracia, de nues-

tra escena, sin que acertemos á explicar el por qué de tan injustificada ausencia.

Este género de comedias, que no llega á ser el drama de costumbres, *tal como le conocemos hoy*, ni la comedia moderna, *tal como hemos dado en llamarla*, es, á mi modo de ver, el más difícil de hacer y de escribir, pues ni al autor le sirve *como base*, la catástrofe final que hoy se acostumbra, ni el actor puede ni debe emplear más que un término medio en el desarrollo de sus facultades, y en el estudio de su papel, para que resulte ese claro oscuro, tan difícil de llevar á la escena.

Se requiere (como es natural), para saber interpretar comedias, propias y fáciles condiciones. No á todos los séres les es dado mostrarse en sociedad con soltura y distinción, ni tener los finos modales que naturaleza les ha negado. La flexibilidad exquisita, la esmerada educación, el aplomo, son bases necesarias para interpretar cualquier caracter, en una comedia de costumbres; *esa difícil facilidad*, tan recomendada por los grandes maestros, no encuentra más firme demostración, ni se pone más de relieve, que en una comedia de costumbres, y con el traje de rigor que exija el personaje que se representa.

La comedia de costumbres es reflejo y copia exacta de la sociedad en que se vive.

El estudio del actor consiste, pues, en poner de manifiesto en la escena lo que fuera de ella practica, consultando su propia naturalidad, sus mismas maneras, y cuidando fielmente de los más insignificantes detalles, que son también, por regla general, objeto de marcadísimas censuras.

Los actores franceses dominan este género de trabajo, precisamente porque es su trato habitual é instintos proverbiales.

El trato constante engendra facilidad y buen tono, y

aún perfecciona el de aquellos que adolecen de una educación esmerada.

Los franceses son los primeros cómicos del mundo, fuera y dentro de la escena.

No son, hoy, por desgracia, tan afortunados en el drama histórico, ni en sus grandes tragedias. Hoy, al ménos, á ellos les falta lo que á nosotros nos sobra.

En cambio tienen, *han hecho* un teatro.

¡El primero del mundo!

Me habéis escuchado en la escena. Hoy, por una de esas providenciales circunstancias, me presento ante vosotros sin artificio artístico de ningún género, despojado de atavíos escénicos. Mi mente se ha caldeado al impulso de la propia idea; mi semblante sólo ha expresado su profunda pena; mi voz ha emitido la sentida nota del humano dolor; y esta solemne cátedra, es la antorcha purísima que inspira mi alma.

Mi modesta personalidad artística, relegadla al olvido.

Juzgad al hombre que, en pos de un más allá, avanza en su fantasía, en busca de ideales que realicen su eterna y, tal vez, desmedida ambición.

En todo caso, como el silencio es la sombra, y sólo de la discusión brota la luminosa idea, tal vez ésta sea la primera y suave llamarada que, por celestial impulso, alumbre mañana con vivísimos resplandores, el grandioso templo del arte dramático español. (*Aplausos.*)